

LOS JUEGOS DE ALICIA

ELENA DE LA ALDEA, GRACIELA RAHMAN

El secreto, por lo demás, no vale lo que valen los caminos
que me condujeron a él. Esos caminos hay que andarlos.

JORGE LUIS BORGES

Alicia en el país del espejo, ha descubierto súbitamente su imagen. El regocijo ríe en la sorpresa. ¡Aquí está la niña! La mano de mamá sostiene el cuerpo, alimenta la risa y va abriendo los poros de la piel como pequeñas bocas hacia el mundo. Al correr de sus dedos, va escribiendo el deseo. Enciende y se va. Se desamarra lenta y dolorosamente del cuerpo de Alicia para volverse sueño, fantasía, palabra. Su huella se ha quedado, su cuerpo se ha perdido para siempre. Irá la vida entera detrás de ella buscando otra y otra mano que reabra la memoria de una sed insaciable. Alicia llora; un desgarramiento sin sutura la ingresa en el espacio de la soledad.

Madre ¿dónde te has ido, qué estás buscando que yo no pueda darte?

Madre ¿dónde te has ido que nada puedo hacer por retenerte?

Madre, la huella que has dejado reclama algún destino.

Eso que estás buscando ¿vendrá a buscarme a mí, para que no me arrastre el desamparo? ¿Quién va a venir por mí? ¿Quién también como yo te está llamando?

Déjame, padre, recorrer a tu lado la quimera. Déjame caminar contigo para entender el modo en que la sueñas. Cuéntame de dónde vengo, desde qué encrucijada de pasiones ha partido mi cuerpo. Dame un nombre para poder llamarme, dame la palabra que haga posible mi pregunta. He venido hacia ti para seguir los pasos de tu mirada que pudieran llevarme hasta el enigma. ¿Quién es ella, dónde está, de qué prohibido material de fuego está hecho su cuerpo?

Padre, soy como tú. Acércate en la fiesta para pedir mi mano, yo pediré la tuya y bailaremos. Esa danza que espero desde que tú me miras. Cuando calle la música, cuando el recuerdo de tu brazo